

Sebastian  
Barry

---

**DÍAS SIN FINAL**

## Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Créditos

*A mi hijo Toby*

Vi a un caminante agotado  
vestido con harapos.  
JOHN MATTHIAS

# 1

---

La forma de preparar un cadáver en Misuri se llevaba la palma, desde luego. Era como si engalanaran a nuestros pobres soldados de caballería caídos más para el matrimonio que para la muerte. Cepillaban los uniformes y los untaban con una capa de parafina hasta darles un aspecto jamás visto cuando estaban vivos. Los rostros mostraban un apurado afeitado, como si el embalsamador se empeñara en que no apareciera asomo de bigote o barba. Nadie que lo conociera habría reconocido al soldado Watchorn, porque sus famosas patillas se habían esfumado. De todas maneras, a la muerte le gusta convertir la cara de uno en la de un extraño. Bien es cierto que las cajas no estaban hechas más que de madera barata, pero esa no era la cuestión. Levantabas uno de esos ataúdes y el cuerpo lo combaba. En la serrería, cortaban la madera tan fina que parecía más una oblea que una tabla. Pero a los muchachos muertos ese tipo de cosas les traen sin cuidado. La cuestión era que nos alegrábamos de verlos tan atildados dadas las circunstancias.

Me estoy refiriendo al final de mi primera incursión en el tinglado de la guerra. Sería por el año 1851, lo más probable. Puesto que había perdido la flor de la juventud, con diecisiete años me presenté voluntario en Misuri. Si conservabas todas tus extremidades, te admitían. Si eras un chico tuerto, cabía la posibilidad de que también te aceptaran. La única paga peor que la peor paga de América era la paga del ejército. Y te daban de comer cosas raras hasta que tu mierda apestaba. Pero uno se alegraba de tener trabajo porque si no se trabajaba por unos pocos dólares en Amé-

rica, se pasaba hambre; esa lección yo ya la había aprendido. Y estaba harto de pasar hambre.

Créanme cuando digo que hay un cierto tipo de hombre al que le encanta servir en el ejército por miserable que sea la paga. Para empezar, te daban un caballo. Podía ser un rocín renqueante, podía estar asolado por cólicos, podía presentar en el cuello un bocio del tamaño de un globo terráqueo, pero aun así no dejaba de ser un caballo. En segundo lugar, te daban un uniforme. Podía mostrar ciertos defectos en las costuras, pero aun así no dejaba de ser un uniforme. Tan azul como la piel de la moscarda azul.

Juro por Dios que el ejército era una buena vida. Yo tenía diecisiete años o por ahí, no podría asegurarlo del todo. No diré que los años que viví antes de mis días como soldado fueran fáciles. Pero todo ese bailoteo me procuró una musculatura fibrosa. No hablaré mal de mis clientes, intercederé por ellos. Si pagas un dólar por un baile, querrás a cambio unos buenos pasos en la pista, bien lo sabe Dios.

Sí, me enorgullece decir que el ejército me aceptó. Gracias a Dios, John Cole fue mi primer amigo en América y en el ejército, y el último también. Estuvo a mi lado a lo largo de casi todo este tipo de vida yanqui, excesiva y sorprendente, que era buena en todos los aspectos. No era más que un muchacho, al igual que yo, pero incluso con solo dieciséis años parecía todo un hombre. Lo vi por primera vez cuando él tenía unos catorce años; era muy, muy diferente. Eso mismo dijo también el dueño del *saloon*. «Se acabó el tiempo, muchachos, ya no sois unos críos», dijo. Rostro moreno, ojos negros, ojos indios los llamaban entonces. Brillantes. Los tipos mayores del pelotón decían que los indios no eran más que villanos, villanos de cara inexpresiva dispuestos a matarte en cuanto te ponían el ojo encima. Decían que había que borrar a los indios de la faz de la tierra, que sin duda esa era la mejor política. A los soldados les encantan los discursos grandilocuentes. Así se forja el valor, decía John Cole, como buen entendido.

John Cole y yo nos presentamos en el punto de voluntarios a la vez, por supuesto. Supongo que nos ofrecíamos como un paquete conjunto, y él mostraba los mismos fondillos raídos que yo. Como si fuéramos gemelos. Cuando terminamos en el *saloon*, no nos marchamos con vestidos. Debíamos de parecer unos pordioseros. Él había nacido en Nueva Inglaterra, donde la fuerza se extinguió en el cuerpo de su padre. John Cole solo tenía doce años cuando se echó a los caminos. En cuanto lo vi, pensé: «He ahí un amigo». Y así fue. Me pareció un chico con cierto aspecto de lechuguino. Aunque tenía el rostro demacrado por el hambre. Lo conocí bajo un árbol en el condenado estado de Misuri. Nos encontrábamos bajo el árbol porque los cielos se abrieron y cayó un enorme aguacero. Allá lejos, en esas ciénagas más allá de San Luis. Esperaba encontrarme buscando refugio a un pato antes que a un ser humano. Se abrieron los cielos. Corrí a resguardarme y ahí estaba él. Puede que, si no, jamás lo hubiese conocido. Un amigo para toda la vida. Un encuentro extraño y fatídico, podría decirse. Providencial. Pero lo primero que hizo fue sacar un cuchillo pequeño y afilado que llevaba, hecho de una punta rota. Pretendía clavármelo en cuanto yo diera la más mínima impresión de querer atacarlo. Me parece que era un muchacho de trece años de aspecto muy reservado. De cualquier manera, bajo el árbol mencionado anteriormente, cuando nos pusimos a charlar, dijo que su bisabuela era una india cuyo pueblo había sido expulsado del este hacía mucho tiempo. Ahora se encontraba en territorio indio. Nunca los había llegado a conocer. No sé por qué me contó eso así de pronto, pero yo era muy amable y tal vez él pensó que podría perder ese estallido de amistad si yo no sabía todo lo malo enseguida. Bueno, yo le expliqué la mejor manera de mirar aquello. Yo, el hijo de unos pobres irlandeses de Sligo, tan desheredado como él. La verdad es que nosotros los McNulty no teníamos mucho de qué jactarnos.

Quizás, por respeto hacia el alma vulnerable de John Cole, debería saltarme unos episodios sin más y obviar el relato de nuestros primeros años. Solo que puede que él reconozca que aquellos años fueron importantes a su manera y yo tampoco puedo decir que supusieran de modo alguno una época de especial y vergonzante sufrimiento. ¿Fueron tiempos vergonzosos? No estoy en absoluto de acuerdo con eso. Permitan que los llame nuestros días de baile. Por qué no, caramba. Después de todo, no éramos más que unos críos obligados a sobrevivir en territorio hostil. Y sobrevivimos, sí señor, y, como pueden ver, he vivido para contarlo. Tras habernos conocido bajo un árbol anónimo, parecía sencillo y hasta natural unirnos en la empresa de seguir sobreviviendo. Así fue como John Cole, menor de edad, y yo emprendimos camino juntos bajo la lluvia y llegamos al siguiente pueblo en la zona de la frontera, donde trabajaban cientos de rudos mineros y, a lo largo de una calle embarrada, se habían abierto media docena de turbulentos *saloons* que hacían lo posible por entretenerlos.

No es que nosotros supiéramos mucho de eso. Por aquel entonces, John Cole era un chico larguirucho, tal y como me he esforzado en pintarlo, con unos ojos tan negros como un río y una cara fina y afilada como la de un perro cazador al acecho. Yo era yo mismo, pero en jovencito. Es decir, que a pesar de tener tal vez mis quince años, tras mis andanzas irlandesas, canadienses y americanas, parecía tan joven como él. Pero no tenía la menor idea del aspecto que presentaba. Los niños pueden creer que son heroicos y fuertes y, sin embargo, no ser más que una piltrafa a ojos de los demás.

—Estoy harto de ir dando tumbos por ahí —dijo—. Dos andan mejor juntos.

Nuestra idea era encontrar trabajo vaciando los cubos de las letrinas o haciendo cualquier tarea aborrecida por la gente de bien. No sabíamos gran cosa de los adultos. En realidad, apenas sabíamos nada de nada. Estábamos dis-



puestos a hacer cualquier cosa e incluso regocijarnos con ello. Estábamos preparados para meternos en las cloacas y sacar la porquería a paladas. Hasta es posible que con gusto hubiésemos llegado a cometer oscuros asesinatos si no implicasen detenciones y castigos, a saber. Éramos dos virtutas de humanidad en un mundo rudo. Nos pareció que allí estaban nuestras habichuelas si éramos capaces de buscarlas. El pan del cielo, lo llamó John Cole, porque, después de la muerte de su padre, frecuentó mucho esos lugares donde se le alimentaba con himnos y comida escasa a partes iguales.

No había muchos sitios como ese en Daggsville. No había ninguno. Daggsville era todo bullicio, caballos mugrientos, portazos y griterío. Llegado a este punto de mis peripicias biográficas, tengo que confesar que llevaba puesto un viejo saco de trigo atado a la cintura. Más o menos podía pasar por una prenda, aunque no demasiado. John Cole ofrecía mejor aspecto con un viejo y extravagante traje negro que debía de tener trescientos años a juzgar por los agujeros que exhibía. Fuera como fuera, le daba el aire en la zona de la entrepierna, por lo que yo podía ver. Casi se podía meter la mano y medir su hombría, de modo que había que esforzarse por apartar la vista. Ideé un buen método para lidiar con eso y clavaba la mirada fijamente en su cara, algo que no suponía el menor esfuerzo, pues era un rostro bien parecido. Lo siguiente que surgió ante nuestros ojos fue un edificio nuevo y flamante, todo de madera recién cortada y que desprendía incluso una última chispa de las cabezas de los clavos recién remachados. «Saloon», ponía en el cartel, ni más ni menos. Y debajo, en un letrero más pequeño que colgaba de una cuerda: «Se buscan chicos limpios».

—Mira eso —señaló John Cole, que no tenía la misma educación que yo, pero que aun así algo tenía—. En fin —dijo—, por el bondadoso corazón de mi madre, nosotros cumplimos la mitad de esos requisitos.

Entramos directamente y nos topamos con una acogedora y nada desdeñable cantidad de buena madera oscura, desde la tarima del suelo hasta el techo, una larga barra tan lustrosa y negruzca como una filtración de petróleo. Luego, nos sentimos como unos insectos en el sombrero de una chica. Unos bichos raros. Unas imágenes de esas distinguidas escenas americanas de grandeza que resulta más cómodo contemplar que protagonizar. Un hombre detrás de la barra, impecable y con una gamuza en la mano, lustraba filosóficamente su superficie, que no necesitaba ningún lustro. Saltaba a la vista que era un negocio nuevo. Un carpintero estaba terminando las escaleras que subían a las habitaciones y colocando el último tramo de una barandilla. El barman tenía los ojos cerrados, pues debería habernos visto antes. Puede que incluso nos hubiera echado a patadas. Entonces abrió los ojos y, en lugar de echarse hacia atrás y despotricar contra nosotros como esperábamos, este individuo más juicioso sonrió y pareció hasta alegrarse de vernos.

—¿Está buscando chicos limpios? —preguntó John Cole, con una leve pose pugilística todavía vaticinando amenazas.

—Sois bienvenidos —respondió el hombre.

—¿Lo somos? —repitió John Cole.

—Lo sois. Sois lo que buscaba, sobre todo el bajito ese —dijo. Se refería a mí. Después, como si temiera que John Cole fuera a ofenderse y largarse, añadió—: Pero tú también servirás. Os pagaré cincuenta centavos la noche, cincuenta centavos la noche a cada uno, y todo lo que podáis beber, si es que bebéis con prudencia, y podéis dormir en la cuadra allá atrás, sí señor, cómodos y calientes como gatitos. Eso siempre y cuando deis satisfacción.

—¿Y cuál es el trabajo? —preguntó John con recelo.

—El trabajo más fácil del mundo —respondió.

—¿Es decir?

—Pues bailar, solo tenéis que bailar. Eso es todo.

—No somos bailarines que yo sepa —dijo John, ahora desconcertado y extremadamente decepcionado.

—No hace falta que seáis bailarines tal y como define la palabra el diccionario —dijo el hombre—. Además, no se trata de levantar las piernas en alto.

—Está bien —dijo John, ahora perdido y mostrándose práctico—, pero no tenemos ropa para bailar, eso es seguro —añadió, exhibiendo el estado de su propia vestimenta.

—Bueno, se os proporcionará de todo. Se os proporcionará de todo —respondió.

El carpintero hizo una pausa para descansar, sentado en un peldaño mientras esbozaba una amplia sonrisa.

—Acompañadme, caballeros —dijo el barman, y seguramente dueño también, pavoneándose—. Y os mostraré vuestra ropa de trabajo.

Entonces se encaminó por el flamante suelo de tarima con sus ruidosas botas y abrió la puerta de su oficina. Había un cartel que ponía «Oficina», por eso lo supimos.

—Hala, chicos, vosotros primero —dijo sujetando la puerta—. Tengo buenos modales. Y espero que vosotros también los tengáis, porque hasta a los mineros más rudos les gustan los buenos modales, sí señor.

Así que entramos en tropel con los ojos bien abiertos. Descubrimos un perchero que parecía un montón de mujeres colgadas. Porque era ropa de mujer. Vestidos. Allí no había otra cosa, y echamos un buen vistazo a nuestro alrededor.

—El baile empieza a las ocho en punto —anunció—. Elegid algo que os quede bien. Cincuenta centavos a cada uno. Y todas las propinas que os den, os las podéis quedar.

—Pero, señor —intervino John Cole, como si se dirigiera a un lastimoso chiflado—, no somos mujeres, ¿no lo ve? Yo soy un chico, y también lo es Thomas aquí presente.

—No, no sois mujeres, ya lo veo. Podría haberlo asegurado en cuanto entrasteis por la puerta. Sois unos chicos jóvenes y estupendos. El cartel dice que se buscan mucha-

chos. Con mucho gusto contrataría a mujeres, pero no hay mujeres en Daggsville, salvo la esposa del tendero y la hija pequeña del mozo de cuadra. Salvo ellas, aquí todos son hombres. Pero los hombres sin mujeres languidecen. Una especie de tristeza se les mete en el corazón. Yo pretendo sacársela y ganar por ello unos pavos, sí señor, al gran estilo americano. Solo necesitan la ilusión, la ilusión del sexo más dulce. Eso seréis vosotros, si aceptáis el puesto. Solo hay que bailar. Nada de besos, caricias, tocamientos ni manoseos. Vamos, tan solo bailar bonito y elegante. Os costaría creer la suavidad y delicadeza con las que baila un toscó minero. Verlo te hace llorar. Desde luego, sois bastante apuestos a vuestra manera, si no os importa que lo diga, sobre todo el más bajito. Pero tú también servirás, tú también servirás —dijo, al ver cómo le brotaba a John Cole su recién adquirido orgullo profesional. Después arqueó una ceja, interrogante.

John Cole me miró. A mí me daba igual. Era mejor que morirse de hambre vestido con un saco de trigo.

—Está bien —aceptó.

—Os pondré una tina en la cuadra. Os daré jabón. Os proporcionaré ropa interior, *muy importante*<sup>1</sup>. La traje de San Luis. Os quedará muy bien, chicos, sí, creo que os quedará de maravilla, y después de un par de tragos ningún hombre que yo conozca tendrá queja alguna. Una nueva era en la historia de Daggsville. Cuando los hombres solitarios consiguieron chicas con quienes bailar. Y todo ello de una manera preciosa, preciosa.

Y así salimos a la vez, encogiéndonos de hombros, como si dijéramos: es un mundo de locos, pero también se tiene suerte, de vez en cuando. Cincuenta centavos a cada uno. Cuántas veces, bajo cuántas enramadas antes de quedarnos dormidos en nuestra época de soldados, allá en las praderas, en declives solitarios, nos gustaba repetir lo mismo a John y a mí, una y otra vez, y nunca dejábamos de reír: cincuenta centavos a cada uno.

Aquella noche en concreto, en la historia perdida del mundo, el señor Titus Noone, pues así se llamaba, nos ayudó a enfundarnos los vestidos con cierta discreción varonil. Para ser justos con él, parecía saber mucho de botones, lazos y todas esas cosas. Hasta tuvo la cautela de rociarnos con perfume. Yo no había estado tan limpio en los últimos tres años, incluso en toda mi vida. Yo no era conocido en Irlanda por mi aseo, esa es la verdad; los granjeros pobres no ven una bañera. Cuando no hay nada que comer, lo primero que desaparece es incluso el más leve atisbo de higiene.

El *saloon* se llenó enseguida. Habían pegado sin demora carteles por todo el pueblo y los mineros habían respondido a la llamada. John Cole y yo nos sentamos en dos sillas pegadas a una pared. Con una pose muy femenina, educadas, recatadas y amables. Ni siquiera miramos a los mineros, fijamos la vista al frente. Nunca habíamos visto a muchas chicas formales, pero nos vino la inspiración. Yo llevaba una peluca amarilla, y John, una pelirroja. Debíamos de parecer la bandera de algún país de cuello para arriba, allí sentados. El señor Noone tuvo el buen detalle de rellenar nuestros corpiños con algodón. Nos parecía bien, salvo porque íbamos descalzos; dijo que se había olvidado los zapatos en San Luis. Podrían añadirse al conjunto más adelante. Dijo que tuviéramos cuidado de dónde pisaban los mineros y le contestamos que lo tendríamos. Es curioso cómo, en cuanto nos enfundamos esos vestidos, todo cambió. Jamás me había sentido tan pletórico en toda mi vida. Cualquier tipo de penas y preocupaciones desaparecieron. Ahora era un hombre nuevo, una chica nueva. Me sentía liberado, como aquellos esclavos liberados en la guerra que se avecinaba. Estaba preparado para cualquier cosa. Me sentía refinado, fuerte y perfecto. Esa es la verdad. No sé cómo se sentía John Cole, nunca lo dijo. Había que querer a John Cole por todo lo que prefería callar. Hablaba mucho de cosas prácticas. Pero nunca dijo una palabra en contra

de esa clase de trabajo, ni siquiera cuando las cosas se pusieron feas para nosotros, no señor. Éramos las primeras chicas en Daggsville, y no éramos las peores.

Cualquier hijo de vecino sabe que los mineros son almas de toda laya. Llegan a una tierra, lo he visto miles de veces, y le arrancan toda su belleza, y luego solo queda una suciedad negra en los ríos mientras los árboles parecen marchitarse como unas solteronas agraviadas. Les gusta la comida basta, el whisky áspero, las noches salvajes y, la verdad sea dicha, si eres una muchacha india, les gustarás de todas las peores maneras posibles. Los mineros entran en poblados de tiendas y hacen lo indecible. Nunca hubo mayores violadores que los mineros, o algunos de ellos. Otros mineros eran maestros, profesores en tierras más civilizadas, sacerdotes rebotados y tenderos arruinados, hombres abandonados por sus mujeres como si fuesen muebles viejos e inservibles. Cada categoría y gradación de alma, como diría y diría el medidor de granos. Pero ni uno solo dejó de acudir al *saloon* del señor Noone, y se produjo un cambio, un poderoso cambio. Porque éramos chicas guapas y las damas de sus corazones. Además, el señor Noone vigilaba en la barra con un rifle a mano delante de él, a plena vista. No creerían la laxitud con que se aplicaría la ley en América al dueño de un *saloon* que matase a un minero: es amplísima.

Tal vez fuéramos como recuerdos de otros tiempos. Tal vez fuésemos muchachas de su juventud, las chicas de las que se enamoraron por primera vez. Caramba, íbamos tan limpios y guapos, ojalá me hubiera podido conocer a mí mismo. Quizá para algunos éramos las primeras chicas de las que se encaprichaban. Cada noche, a lo largo de dos años, bailamos con ellos y jamás se produjo un solo gesto indeseable. Esa es la verdad. Puede que resulte más morboso decir que nos restregaban la entrepierna y nos metían la lengua en la boca, o que unas manos callosas manoseaban nuestros imaginarios pechos, pero no. En ese *saloon*, eran los caballeros de la frontera. Se derrumbaban, fulmina-

dos por el whisky, a altas horas de la madrugada, bramaban canciones, se disparaban de tanto en tanto por alguna partida de cartas, se peleaban a puñetazo limpio, pero cuando se ponían a bailar, se convertían en ese agradable D'Artagnan de las viejas novelas románticas. Enormes panzas de cerdo se aplanaban para asemejarse a las de animales más elegantes. Los hombres se afeitaban por nosotros, se asebaban por nosotros y se vestían con sus mejores galas, tal cual. John era Johana, y yo, Thomasina. Bailamos y bailamos. Dimos vueltas y más vueltas. De hecho, al final terminamos siendo buenos bailarines. Podíamos bailar el vals, lento y rápido. Jamás se vieron mejores chicos en Daggsville, me atrevería a decir. Ni más bonitos. Ni más limpios. Dábamos vueltas con nuestros vestidos y la esposa del señor Carmody, el tendero, conocida por supuesto como la señora Carmody, que era costurera, fue soltando las costuras de nuestros trajes con el paso de los meses. Puede que sea un error dar de comer a unos vagabundos, pero nosotros sobre todo crecimos hacia arriba más que a lo ancho. Puede que estuviéramos cambiando, pero seguíamos siendo las mismas chicas que habíamos sido a ojos de nuestros clientes. Nuestra fama nos precedía, y acudían hombres desde muchos kilómetros a la redonda para vernos y anotar su nombre en nuestro pequeño carné de baile de cartón. «Oiga, señorita, ¿me haría el honor de concederme un baile?» «Claro, señor, tengo diez minutos libres a las doce menos cuarto, si tiene a bien ocupar esa vacante.» «Le estaría muy agradecido.» Dos muchachos inútiles y criados en la más sucia indigencia jamás habíamos conocido una diversión así. Nos pidieron la mano en santo matrimonio, nos ofrecieron carruajes y caballos si aceptábamos acompañarlos al campamento con tal o cual fulano, nos hicieron regalos que no habrían avergonzado a un árabe del desierto de Arabia buscando a su futura esposa. Pero, claro, nosotros conocíamos el trasfondo de la historia. Ellos también lo conocían, posiblemente, ahora que lo pienso. Se sentían li-